

plaza publica para la edición del 31 de marzo de 1993

% Enigmas de marzo

% ¡Aguas!...calientes

miguel ángel granados chapa

Crueldad o improvisación, a escoger. Sólo una de esas dos razones explica que se exponga al ridículo a la plana mayor priista. O no. Puede haber otro par de razones: desdeñen por esos dirigentes, por lo que no se repara en el costo que pagan, en el desdoro de sus desdoradas imágenes. O la necesidad de mostrar, sin extremis, que sólo hay una fuente de las decisiones, y que el destino de los más importantes jefes de la política depende de una sola voluntad, a cuya expresión es debido prestar permanente y unciosa atención.

Desde que fue obligado a desdecirse de la refundación del PRI, se notó insatisfacción presidencial con la tarea del ex gobernador de Zacatecas, Genaro Borrego, al frente del PRI. Pero hacia pocos meses que se le había hecho abandonar una labor gubernativa que resultó mejor que la esperada por los zacatecanos, perturbados en 1986 por el verdor de quien en la escala política no había llegado más que a diputado federal y oficial mayor del PRI. Estaban en curso, además, procesos electorales y sus secuelas. Había que esperar. Y el Presidente de la República, jefe también del partido gubernamental, extendió la vigencia de su delegado en la presidencia del partido. Le permitió mudar, así fuera parcialmente, los cuadros directivos que eran adversos al líder formal. Así sustituyó Jorge de la Rosa a César Augusto Santiago, que era el enemigo en casa. Pero no fue bastante. Los tropiezos continuaron. No todos eran suyos, pero



Enigmas...

— 2 —

todos se le atribuían. Hasta que ocurrió el monumental desliz del 23 de febrero. Y la rectificación del 9 de marzo. Se abrió más que nunca la posibilidad de crear una víctima propiciatoria, un Borrego expiatorio como anunció la broma fácil. De pronto, sin embargo, priistas que mandan, pero que también y sobre todo obedecen, recibieron la instrucción de fortalecer al débil, en una especie de laica obra de misericordia. Y la oficina de Borrego se llenó de gente en la última semana completa de marzo. Y de júbilo, porque cada nueva presencia relevante, cada sonoro abrazo, cada parlamento recogido puntualmente por la prensa, formaban el conjuro que alejaba el momento de la renuncia: por lo menos le quedaría la satisfacción de inaugurar la decimosexta asamblea, la suya, y de salir de ella todavía con el cargo. Esa fue la orden, y todo el mundo la cumplió.

Todo el mundo, en consecuencia, quedó en ridículo cuando de lo alto llegó una nueva instrucción, en sentido contrario. Aun los más sagaces, los más conocedores del proceder priista, se negaban a creer tan evidente contradicción. Y con abandono del propio respeto, de dignidad más elemental, los mismos delegados que batieron palmas regocijados la noche del domingo, dueños de la convicción de que Borrego quedaría en su cargo y ufanos de que así fuera, hallaron maravillosa la decisión presidencial de invitar al jefe formal priista a ir "a otra trinchera". El símil militar era más que cursi. Fue, tal vez, una traición del subconsciente, una denuncia que no osa decir su nombre, un sutil reproche porque en mayo de 1992 se le había enviado a la guerra sin fusil, sin pertrechos, sin mapas, sin efectivos.



cajón de sastre

- 3 -

~~plaza pública para la edición del 31 de marzo de 1993~~

~~# Adolfo Lugo Verduzco~~

~~# Fin de un sexenio hidalguense~~

~~miguel ángel granados chapa~~

Sufrimos tal distorsión de los valores colectivos, que atribuir a una persona adjetivos como recto y bueno, ^{parece} ~~equivale~~ a una disminución, como si a falta de otros atributos se alcazara sólo esos. Y sin embargo, una conducta que puede ser juzgada por esos méritos, máxime tratándose de una persona dotada de poder (esto es, de la capacidad de modelar la vida de otros) ^{tiene} ~~tendría~~ que ser estimada en grado óptimo por la sociedad. Ese debería ser el caso de don Adolfo Lugo Verduzco, que hoy concluye los seis años de su gobierno en Hidalgo.

El gobernador saliente protagoniza un singular ejemplo de fortuna política, probablemente contraria a su propia concepción de la vida y a la percepción ^{acaso} ~~que~~ ^{tiene} de sí mismo. Miembro de una familia donde la política estaba integrada a la vida misma, no le fue extraña una vocación por el servicio público, por la administración, pero no parecía ser de su gusto la participación en procesos electorales, el contacto con los grupos y las masas que son actores en los escenarios públicos. Y sin embargo, llegó a ser presidente nacional del PRI y gobernador de su estado, tras su paso por el Senado. Cuando su partido lo hizo transitar de la presidencia del mismo a la candidatura estatal, en muchos ánimos quedó la impresión de que se trataba de una comedia de equivocaciones, pues otro Lugo, Humberto Lugo Gil, se parecía por la designación y había dejado abundante constancia de ello, a diferencia de don Adolfo, que más parecía rehuirla que apetecerla.

Y, sin embargo, al cabo de seis años, el balance de su gobierno lo favorece en lo político y, sobre todo, en lo humano. El atraso de esa entidad en los diversos órdenes, su escaso desarrollo cívico, hace muy apreciable el recto, el prudente ejercicio del poder. Dicho de otra manera, en un estado donde no ha sido extraña la arbitrariedad, el mal uso de facultades institucionales, el negarse a practicar conductas en tal sentido, aunque sea lo debido, es también digno de señalamiento y aprecio.



~~400.11~~
plaza pública/2

En la inauguración del Teatro de la Ciudad, edificado sobre lo que fue el locutorio del convento de San Francisco, la señora Alejandra Mora de Lugo, esposa del gobernador, tuvo la llaneza de pedir un aplauso para su marido (además de otros dedicados a los constructores de la magnífica instalación que se ponía en servicio, y otro para el público presente, representación del que acude regularmente a las expresiones culturales desarrolladas en la entidad), no como político sino como persona y padre. Y a fe mía que los asistentes no encararon dificultad alguna para acceder a esa petición. Esa obra, por cierto, contó entre las muy pocas cuya voluminosa presencia no se inscribió en el credo de Lugo Verdu²sco de realizar ante todo obras útiles, que no fueran de relumbrón.

~~Casos insuficientemente indagados de corrupción~~
(especialmente en las áreas de salud y el desarrollo social, cuyos titulares simplemente se marcharon) y una ley electoral que deja en buena medida en la indefensión a partidos y ciudadanos (la ley no incluye tribunal electoral alguno, y estipula que la comisión respectiva esté encabezada por un dependiente, de segundo rango, del Ejecutivo), pueden ser considerados en el deber del gobernador Lugo. En cambio, el remozamiento institucional, el trabajar intensamente en la obra comunitaria aquella que permite ofrecer "más a quienes menos tienen", y la respetabilidad del gobernador y su familia, que la ciudadanía tiene mucho en cuenta, aparecen en el lado de su haber.

La intención conocida del gobernador saliente es retirarse a la vida privada. Aunque padece problemas en la columna vertebral, a sus sesenta^{con los suyos}años (los cumplió hace exactamente una semana) podrá disfrutar de la satisfacción del deber cumplido. Con la gubernatura, coronó una carrera en órganos descentralizados y oficinas centrales de la administración pública, para la cual se había preparado en la Facultad de Derecho y en instituciones de La Haya y París. Su escrupulosa conciencia, la rectitud de su desempeño, su carácter de hombre bueno serán recordados, ^{siempre} pronto, por los hidalguenses.

(en la famosa Ecole National d'Administration)

PLAZA PUBLICA

Enigmas de marzo

■ ¡Aguas!... calientes

Miguel Angel Granados Chapa

Crueldad o improvisación, a escoger. Sólo una de esas dos razones explica que se exponga al ridículo a la plana mayor priista. O no. Puede haber otro par de razones desdén por esos dirigentes, por lo que no se repara en el costo que pagan, en el desdoro de sus desdoradas imágenes. O la necesidad de mostrar que sólo hay una fuente de las decisiones, y que el destino de los más importantes jefes de la política depende de una sola voluntad, a cuya expresión es debido prestar permanente atención.

Desde que fue obligado a desdecirse de la refundación del PRI, se notó insatisfacción presidencial con la tarea del exgobernador de Zacatecas, Genaro Borrego, al frente del PRI. Pero hacía pocos meses que se le había hecho abandonar una labor gubernativa que resultó mejor que la esperada por los zacatecanos, perturbados en 1986 por el verdor de quien en la escala política no había llegado más que a diputado federal y oficial mayor del PRI. Estaban en curso, además, procesos electorales y sus secuelas. Había que esperar. Y el Presidente de la República, jefe también del partido gubernamental, extendió la vigencia de su delegado en la presidencia del partido. Le permitió mudar, así fuera parcialmente, los cuadros directivos que eran adversos al líder formal. Así sustituyó Jorge de la Rosa a César Augusto Santiago, que era el enemigo en casa. Pero no fue bastante. Los tropiezos continuaron. No todos eran suyos, pero todos se le atribuían. Hasta que ocurrió el monumental desliz del 23 de febrero. Y la rectificación del 9 de marzo. Se abrió más que nunca la posibilidad de crear una víctima propiciatoria, un Borrego expiatorio como anunció la broma fácil. De pronto, sin embargo, priistas que mandan, pero que también y sobre todo obedecen, recibieron la instrucción de fortalecer al débil, en una especie de laica obra de misericordia. Y la oficina de Borrego se llenó de gente en la última semana completa de marzo. Y de júbilo, porque cada nueva presencia relevante, cada sonoro abrazo, cada parlamento recogido puntalmente por la prensa, formaban en conjunto que antes de la renuncia por lo menos le quedaría la satisfacción de inaugurar la decimosexta asamblea, la suya, y de salir de ella todavía con el cargo. Esa fue la orden, y todo el mundo la cumplió.

Todo el mundo, en consecuencia, quedó en ridículo cuando de lo alto llegó una nueva instrucción, en sentido contrario. Aun los más sagaces, los más conocedores del proceder priista, se negaban a creer tan evidente contradicción. Y con abandono del propio respeto, de dignidad más elemental, los mismos delegados que batieron palmas regocijados la noche del domingo, dueños de la convicción de que Borrego quedaría en su cargo y ufanos de que así fuera, hallaron maravillosa la decisión presidencial de invitar al jefe formal priista a ir "a otra trinchera". El símil militar era más que cursi. Fue, tal vez, una traición del subconsciente, una denuncia que no osa decir su nombre, un sutil reproche porque en mayo de 1992

se le había enviado a la guerra sin fusil, sin pertrechos, sin mapas, sin efectivos.

Cajón de Sastre

Sufrimos tal distorsión de los valores colectivos, que atribuir a una persona adjetivos como recto y bueno, parece una disminución, como si a falta de otros atributos se alcanzaran sólo esos. Y sin embargo, una conducta que puede ser juzgada por esos méritos, máxime tratándose de una persona dotada de poder (esto es, de la capacidad de modelar la vida de otros) tiene que ser estimada en grado óptimo por la sociedad. Ese debería ser el caso de don Adolfo Lugo Verduzco, que hoy concluye los seis años de su gobierno en Hidalgo.

El gobernador saliente protagoniza un singular ejemplo de fortuna política, probablemente contraria a su propia concepción de la vida y a la percepción que acaso tiene de sí mismo. Miembro de una familia donde la política estaba integrada a la vida misma, no le fue extraña una vocación por el servicio público, por la administración, pero no parecía ser de su gusto la participación en procesos electorales, el contacto con los grupos y las masas que son actores en los escenarios públicos. Y sin embargo, llegó a ser presidente nacional del PRI y gobernador de su estado, tras su paso por el Senado. Cuando su partido lo hizo transitar de la presidencia del mismo a la candidatura estatal, en muchos ánimos quedó la impresión de que se trataba de una comedia de equivocaciones, pues otro Lugo, Humberto Lugo Gil, se parecía por la designación y había dejado abundante constancia de ello, a diferencia de don Adolfo, que más parecía rehuirla que apetecerla.

Y sin embargo, al cabo de seis años, el balance de su gobierno lo favorece en lo político y, sobre todo, en lo humano. El atraso de esa entidad en los diversos órdenes, su escaso desarrollo cívico, hace muy apreciable el recto, el prudente ejercicio del poder. Dicho de otra manera, en un estado donde no ha sido extraña la arbitrariedad, el mal uso de facultades institucionales, el negarse a practicar conductas en tal sentido, aunque sea lo debido, es también digno de señalamiento y aprecio.

En la inauguración del Teatro de la Ciudad, edificado sobre lo que fue el locutorio del convento de San Francisco, la señora Alejandra Mora de Lugo, esposa del gobernador, tuvo la llaneza de pedir un aplauso para su marido (además de otros dedicados a los constructores de la magnífica instalación que se ponía en servicio, y otro para el público presente, representación del que acude regularmente a las expresiones culturales desarrolladas en la entidad), no como político sino como persona y padre. Y a fe mía que los asistentes no encararon dificultad alguna para acceder a esa petición. Esa obra, por cierto, contó entre las muy pocas cuya voluminosa presencia no se inscribió en el credo de Lugo Verduzco de realizar ante todo obras útiles, que no fueran de relumbrón.